EL HISTORIADOR MARAÑON

POR

PEDRO LAIN ENTRALGO

Las páginas que publicamos a continuación pertenecen a la «Introducción», escrita por don Pedro Laín Entralgo, para el tomo I de las Obras Completas *de don Gregorio Marañón, que publicará en fecha inmediata la editorial Espasa Calpe. Agradecemos al autor y a la dirección de la citada casa editorial su autorización para reproducir este importante trabajo. El señor Laín, amablemente, se ha tomado la molestia de adaptarlo para su inserción como un ensayo sustantivo en esta Revista.*

Muy hondas eran en el alma de Marañón las raíces de su afición a la historia. Entre las lecturas infantiles que más viva impresión le produjeron estaba, según confesión propia, la de la *Historia de Roma,* de Mommsen. No pocos debieron de ser, en consecuencia, los libros de carácter histórico que él leyera en sus años de estudiante y de médico joven. Y en la linde de la madurez, cuando la copiosa práctica hospitalaria y privada, la investigación clínica y el brillo social tan constante e intensamente le solicitan (1922), no vacilará en consagrar algún tiempo a comentar el *Libro de la peste,* de Mercado, y a descubrir en las páginas del P. Sigüenza la tempranísima mención de un caso de enfermedad de Addison.

Nada, sin embargo, permitía entonces sospechar en el médico Gregorio Marañón al futuro autor de *El Conde-Duque de Olivares* y del *Antonio Pérez,* y bien claramente lo demuestra el hecho de que —no contando la traducción, durante los ocios de su reclusión en la Cárcel Modelo, de *El Empecinado,* de Federico Hardman— hayan de pasar ocho largos y densos años hasta que ese médico publique en 1930 su *Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo.* A partir de esta fecha ya no cesará su actividad historiográfica. En 1932 da a las prensas su *Amiel;* en 1934, sus *Ideas biológicas del P. Feijoo;* en 1936, *El Conde-Duque de Olivares,* y a continuación la nutrida serie de los libros y artículos que luego he de comentar.

Tres cuestiones principales plantea al crítico este importante aspecto de la obra escrita de Marañón: 1.ª ¿Por qué él, tan entusiasta y triunfadoramente consagrado a la medicina, llegó a ser historiador, y a serlo de un modo tan auténtico y eminente; cuál fue la génesis

real de su resuelta y firme vocación historiográfica? 2.ª ¿Cómo Marañón entendió la historia y la historiografía? 3.ª ¿Cómo realizó, con su propia obra, esa doble idea?

I

En su ensayo sobre la persona y la obra de Roberto Novoa Santos habló muy explícitamente nuestro médico de la «segunda vocación» que suele alentar en el alma de los hombres inteligentes y mostró las líneas principales de su secreta razón de ser. «Todos llevamos dentro —decía— una personalidad mucho más compleja que la que indica nuestra fachada oficial.» Nadie que como hombre valga de veras—como hombre, no como instrumento de agresión o de resistencia— puede ser «de una pieza», y no otro fue el caso del hombre Gregorio Marañón.

Tanto lo fue, que en la versión activa y pública de su vida personal es posible distinguir hasta cuatro vocaciones distintas: la de médico, en su cuádruple realización plenaria de patólogo, investigador, sanador y maestro; la de historiador; la de libre considerador de la realidad humana y sus deberes; la de escritor puro y simple, entendiendo por tal el hombre aficionado al puro y simple empeño del bien decir. En definitiva, la irreprimible inclinación vocacional hacia un saber que además de poseerse a sí mismo —tal es el agridulce deleite del intelectual—, se realiza concreta y operativamente sanando, enseñando, narrando, considerando y diciendo. En otro momento estudiaré el modo cómo estas múltiples vocaciones y aficiones se unificaron en la persona de Marañón. Ahora quiero limitarme a contemplar, a través de las ocasionales declaraciones de su protagonista, cómo surgió en él y adquirió consistencia su vocación de historiador.

Hay que decir ante todo que el germen de la vocación histórica —la necesidad íntima y la consiguiente fruición intelectual de conocer el pasado como tal pasado— late siempre en la inteligencia del hombre. La inexorable condición tempórea de nuestra existencia terrena nos impele, cuando actuamos como personas, esto es, con inteligencia más o menos consciente de sí misma, a conocer con precisión mayor o menor nuestro propio pasado y el pasado de nuestra especie; y esta regla es tan válida para el historiador y el filósofo, obligados siempre, hasta cuando más originales pretenden ser, a nutrirse explícitamente de pasado, como para el artesano que repite las técnicas que le enseñaron y para el matemático que abstractamente contempla números o dimensiones. Cabe, pues, afirmar que la vocación histórica pertenece en alguna medida a la vocación de hombre (1).

(1) No puedo exponer aquí lo que entiendo yo por «vocación de hombre».

Porque la inteligencia del hombre se halla constitutivamente obligada a moverse hacia el futuro, el pasado la está llamando sin cesar. ¿Quiere esto decir que todo hombre, por el mero hecho de serlo, tiene vocación de historiador? En modo alguno. Historiador es tan sólo quien descubre la peculiar razón de ser de cada una de las situaciones del pasado —sea éste de la filosofía, del arte, del saber matemático o de la acción política— y se siente íntimamente llamado a la faena de investigarla y comprenderla con rigor intelectual y técnico. Este fue el caso de Marañón; y nuestro problema consiste en descubrir cómo él, siendo ya doctor famoso y pensando que el médico, en la calle, debe ser puro médico (2), llegó a hacerse tan cabal y eminente cultivador de la Historia.

Pienso que la vocación historiográfica de Marañón fue determinada por la feliz coincidencia de un modo de ser y un doble descubrimiento. Ese personal modo de ser fue su afición, en parte ingénita (3) y en parte educacionalmente cultivada (4), a la contemplación y la comprensión de la concreta realidad de la vida humana: la «curiosidad ante la vida presente o remota», de que habla, para justificarlo, en su *Ensayo biológico sobre Enrique IV*. «Yo busco siempre al hombre, aun en el grande hombre, que suele ser tan poco humano —dirá más tarde—; le busco, porque creo que es siempre lo esencial» (5).

Pero esta arraigada afición al conocimiento del hombre *in individuo*, con su siempre vieja y siempre nueva realidad, se hubiese quedado en el ejercicio clínico y en la reflexión psicológica o patológica sin la decisiva eficacia de un doble y complementario descubrimiento. Por una parte, que la «tarea de leer libros y documentos históricos es muy parecida a la de leer historias clínicas» (6); más aún; que la biografía de los hombres del pasado, y más cuando esos hombres se apartan en alguna medida de la normalidad, no es sino una amplísima historia clínica susceptible de total publicación: «Los médicos —dice textual y donosamente Marañón— podríamos decir cómo han sido, en verdad, los hombres que hemos conocido... Lo que pasa es que no podemos contárselo a los demás. Por eso a veces algunos médicos, como me pasa a mí, gustamos de escribir biografías de hombres pretéritos, que no son sino historias clínicas liberadas por el tiempo del secreto profesional» (7). Y por otro lado, el hallazgo de la verdad radical en que esa verdad parcial y empírica se funda: que la vida humana es historia,

(2) Véase su prólogo de 1925 a *Los nietos de Hipócrates*, de FÉLIX HERCE.
(3) Recuérdese su afición a los estudios psicológicos, que expresamente dice haber sido «tan remota como mi conciencia».
(4) No poco harían en este sentido sus conversaciones infantiles con Galdós.
(5) «Menéndez Pelayo y España», en *Tiempo viejo y tiempo nuevo*, Col. Austral, núm. 140, p. 107.
(6) *Cajal, su tiempo y el nuestro.*
(7) Conferencia «La vocación».

y la historia, vida. Más solemnemente: «La vida es historia, desde antes de nacer; y sólo es perdurable y fecunda cuando se vive, por humilde que sea, con esta preocupación. Y —a su vez— la historia es la misma vida de hoy y de mañana; acaso, sólo con máscaras distintas. Y únicamente cuando se escribe como si se viviera es verdadera historia» (8). Unase a esto la temprana y honda convicción de que la obra de arte —poema, cuadro o relato historiográfico— satisface más genuinamente que el trabajo científico el «ansia de inmortalidad histórica» que todo creador lleva en su alma (9), y entenderemos por qué el médico Gregorio Marañón, frisando en la cuarentena y siendo ya galeno y hombre de ciencia famoso, se decidió a compaginar el culto diario a Esculapio y la gustosa frecuentación de Clío.

Todo ello, claro está, por sus pasos contados. En su primera monografía de tema histórico —el *Ensayo biológico sobre Enrique IV*— se cree obligado a dar explicaciones a sus posibles críticos. «¿Qué tienes tú que ver, fisiólogo, con la Historia?, se dice en un caso como el presente.» Y él responde con arrogancia de hombre seguro de sí mismo y con humildad de médico-historiador primerizo: «Un fisiólogo puede ser a la vez historiador sin ofender a Dios, y menos a esos varones susceptibles, tan característicos de nuestra fauna literaria y científica. Pero ahora no se trata de eso, sino de aplicar al conocimiento de ciertos puntos históricos los métodos de la fisiología y de la patología... No he pretendido, pues, ... hacer historia, en su sentido estricto... He querido sólo proyectar la luz de los recientes progresos en la fisiología del carácter y de los instintos humanos, sobre el espíritu y el cuerpo, todavía identificables en el fondo de sus tumbas, de un rey remoto y de alguno de los que le acompañaron en su paso por la vida» (10). Dos años más tarde, en el atrio del *Amiel* (1932), el médico-historiador ha encontrado su camino y habla ya de su estudio con entera seguridad. Ya sabe cómo situarse, en cuanto médico-historiador y en cuanto hombre, frente a tipos como Casanova o como Amiel, cuyos testimonios acerca de sí mismos no son sino «un esfuerzo desesperado e inacabable para revestir de dignidad el fracaso de vencerse a sí propios». Lo cual, a orillas del lago Leman, tan maravillosamente dulce, tal vez se comprenda menos que en la áspera Castilla donde él piensa y escribe; «pero la luz de Castilla —la suya, la del médico que sabe bucear en las almas del pasado— es la certera» (11). En *Las ideas biológicas del P. Feijoo* (1934), Marañón navega por un mar grato y fácil, para él, de dominar. Y, por fin, ya al borde de la cincuentena, en su magistral monografía sobre el con-

(8) Preámbulo a *Vida e historia*, p. 13.
(9) Véase el prólogo a la *Patología postural*, de Novoa Santos.
(10) *Ensayo biológico sobre Enrique IV y su tiempo*, prólogo a la 1.ª edición.
(11) *Amiel. Un estudio sobre la timidez*, Col. Austral, núm. 408, pp. 13-14.

de-duque de Olivares (1936), el médico-historiador pasa a ser historiador a secas; un historiador, claro está, que en ningún momento olvida el puerto intelectual de que partió, el conocimiento médico del hombre, y que se demora con especial complacencia en las parcelas de su pesquisa más adecuadas al ejercicio de ese inicial hábito de su mente. Es entonces cuando por experiencia propia descubre que la historia es vida, precisamente porque la vida es historia. Y que una biografía histórica no es, a la postre, más que una historia clínica liberada del secreto profesional.

II

Ya el médico Gregorio Marañón es historiador, mas no de la medicina, sino —lo que es más— de la vida humana. Intentemos ahora comprender cuál fue su idea de la historia y su concepción de la historiografía.

Hay que decir, ante todo, que Marañón no fue y no quiso ser historiólogo, hombre explícitamente consagrado a decir de manera filosófica lo que la historia es. Ello no obstante, es posible, apurando la atención, descubrir algunos fragmentos de su historiología implícita. Son, por lo menos, los siguientes:

1.º La vida del hombre se realiza siempre como historia, y especialmente cuando se la quiere hacer, cada uno en su nivel y según sus talentos, con cierta radical seriedad. Antes hemos visto un texto en que aparece con gran nitidez este pensamiento. «¿Cómo es la vida, alegre o triste?», preguntaba un discípulo, allá en las laderas del Guadarrama, a don Francisco Giner de los Ríos. Y Giner, heredero laico de la vieja *gravitas hispánica,* respondió: «Hijo, la vida no es triste, ni alegre; es, sobre todo, seria». Más de una vez ha relatado Marañón esta anécdota, adhiriéndose expresamente al sentir del maestro rondeño. Pues bien: cuando la vida se hace seriamente, no termina, por supuesto, en la historia, porque el tribunal ante el cual somos serios es formalmente trans-histórico, y así lo pensó y lo dijo más de una vez Marañón (12); pero, en mayor o menor medida, «hace historia».

2.º La acción histórica no tiene como sujeto un hipotético «espíritu colectivo», llámese a éste como se quiera; lo tiene en la persona libre y creadora de quien la ejercita. Marañón es resueltamente personalista.

(12) Por ejemplo, al final de su prólogo a *Crónica de Alfonso XIII y su linaje,* de Melchor de Almagro San Martín: «¿Sabemos nunca lo que hacemos y por qué lo hacemos? Cuando se acaba de leer este libro..., llegamos, una vez más, a la conclusión, cada día olvidada, de que en la Historia el único protagonista es Dios. Los demás, cada cual en su categoría, sólo somos comparsas a los que se nos ha asignado un papel; y, en el momento de llamarnos a escena, solemos equivocarnos».

Analizando cualquier hecho histórico, llegamos siempre —dice— «a la esfera imponderable de la intención, en la que reside el nudo del drama de la historia y en la que hay argumentos para justificar todos los actos humanos y para explicar todas las pasiones» (13).

3.° La acción histórica, originariamente personal y libre, queda determinada en su concreta realidad por el peculiar modo de ser su protagonista (su *carácter)*, el lugar donde éste existió (su *patria)* y la situación en que le tocó vivir (su *tiempo)*. Por esto el hombre debe ser fiel a su tiempo, tanto como a su patria y a sí mismo. El concepto de «patriotismo del tiempo» —la fidelidad a la situación histórica de que uno es hijo— fue muy especialmente grato a la mente de Marañón.

4.° Como agente de la historia, la humanidad —el conjunto de las personas que ejecutan la vida que los historiadores relatan —se divide en dos grupos de muy desigual magnitud: el de los «hombres representativos», muy análogos, por lo general, entre sí, porque casi siempre realizan sus vidas ajustándose a un patrón determinado (14), y con frecuencia próximos —sobre todo en el caso de los héroes de la acción política— a las desviaciones de la normalidad que estudian los médicos (15); y, por otra parte, el amplísimo, innumerable grupo de los «hombres no representativos», en los que se da la aparente contradicción de ser a la vez el ingrediente verdaderamente mudable de la historia y, por lo tanto, el que de manera más acusada da a cada situación su carácter propio (16), y el núcleo permanente e inmutable de ella (17).

---

(13) Prólogo al *Felipe II*, de W. Th. Walsh (Madrid, 1943).

(14) «Cuando se lee la vida de los hombres representativos, se tiene, ante todo, la impresión de que son casi iguales entre sí. Se imitan los unos a los otros según fórmulas, generalmente de cuño romano; o como los recién casados que se retratan en la misma postura. Esto obliga al lector a cometer un error fundamental, que es juzgar a los grandes hombres como si vivieran en un medio psicológio y moral idéntico; siendo así que, como este medio varía sin cesar, las reacciones de los hombres tienen, en ada época de la evolución humana, un significado individual y social y una trascendencia moral, completamente distintos». (Prólogo a la versión portuguesa del *Diario íntimo de Amiel*, Lisboa, 1944).

(15) Prólogo a la *Historia clínica de la restauración*, de Manuel Izquierdo.

(16) «Lo que da carácter a cada tiempo y al hombre de cada tiempo es la humanidad no representativa. Porque esa humanidad mediocre, vulgar, permanentemente fluida, no representativa, es la que verdaderamente representa y caracteriza a cada tiempo» (prólogo a la versión portuguesa del *Diario íntimo* de Amiel). Lo mismo en el cap. I de *Amiel. Un estudio sobre la timidez.*

(17) La «zona donde ya no hay artificio, sino sólo carne viva, del hombre y la mujer infinitos que forman el fondo humano del gran cuadro histórico. Carne que duele apenas se la toca y que nos duele en nuestra propia carne; porque a medida que se ahonda en lo que no es artificio y sí sólo auténtica humanidad, los grandes se empiezan a parecerse prodigiosamente a los pequeños; y los hombres antiguos y lejanos a los que hoy, aún en pie, alentamos y vivimos. El núcleo humano de donde todo brota, lo público y lo anónimo, lo magnífico y lo humilde, lo bueno y lo malo, es siempre uno y el mismo; y sin que sepamos por qué, esto es lo que casi siempre olvidan los que hablan de la vida de los figurones, que a veces se disfrazan de personajes, y a cuyo ir y venir denominamos Historia». (Prólogo a *La mala vida en la España de Felipe IV*, de J. Deleito y Piñuela, Madrid, 1948).

5.° Pese a sus frecuentes hundimientos y descarríos, el curso de la historia va llevando a la humanidad a situaciones y estados en que el dolor de los hombres, tomado en su conjunto, es cada vez menor. Sin caer en beaterías progresistas; más aún, creyendo y pensando que siempre habrá dolor sobre la tierra, Marañón cree resueltamente en el progreso (18).

Sobre esta concepción de la historia descansó, desde 1930 hasta su muerte, la obra historiográfica de Marañón, espléndida por su calidad y pasmosa si se piensa que fue compuesta en horas robadas por su autor a un exigentísimo ejercicio clínico y a su copiosa producción de patólogo y de ensayista. Como historiógrafo pensó, en consecuencia, que la historia escrita sólo puede ser verdaderamente aceptable cuando en ella se funden la «gran historia» y la «pequeña historia» (19); esto es, cuando su verdadero protagonista es «la gran masa humana» (20). Así concebida y escrita, la historia nos hace ver que, a través de tantas mudanzas, el hombre ha sido siempre hombre, con sus pasiones, ansias, entusiasmos y dolores, y evita el doble engreimiento que suele producir la vivencia del puro presente, el engreimiento del orgullo («Nadie ha sido tan grande como nosotros») y el de la aflicción («Nadie, jamás, igualó nuestra desgracia») (21).

Para entender cabalmente el pasado, el historiador tendrá en cuenta todo lo que a ese pasado pertenece: lo que sus hombres hicieron y lo que no hicieron, puesto que la conducta humana está tejida de abstracciones y cegueras, tanto como de hazañas y descarríos; lo que con sus acciones quisieron hacer y lo que al realizarlas sintieron en sus almas; lo que dijeron de sí mismos, tanto por la vía de la crónica como

---

(18) Entre tantos posibles, baste un texto para demostrar este aserto. Procede del discurso de ingreso de nuestro autor en la Academia de la Historia (1936), y dice así: «El rastro que deja la humanidad a su paso por la tierra es dolor, dolor eterno, quién sabe si necesario, pero, a pesar de todo, menor cada vez. Acaso sea hoy menos fácil emborrarcharse de gloria; pero el número de seres humanos en absoluto infelices, disminuye a medida que los siglos avanzan». Véase también la conferencia «El pánico del instinto», en *Tiempo viejo y tiempo nuevo.*

(19) Prólogo a *La mala vida...*, de DELEITO Y PIÑUELA.

(20) «La historia integral y verdadera no es la que se inventa en las redacciones, en las cancillerías y en las cátedras; no la de los grandes actores que representan sus papeles de protagonistas, de grandes héroes o de grandes tiranos; no la de los grandes tratados y las guerras; sino la historia de la inmensa masa humana, la historia hecha de la vida de cada cual, con la amargura y la alegría humilde que nos trae cada mañana nueva a los seres humanos». (Prólogo a *Las siembras de Caín,* de ROSALINA COELHO LISBOA, Buenos Aires, 1955). La coincidencia entre este modo de entender la historiografía y el vigente en la generación del 98 (Unamuno, Azorín, Baroja) es muy notable. Remito al lector al capítulo «Historia sine historia», de mi libro *La generación del noventa y ocho.* Veremos pronto cómo Marañón fué acercándose, en cuanto historiador, a la realización de este ideal suyo.

(21) «Cada generación se ha imaginado a sí misma, desde siempre hasta ahora, el ombligo de la humanidad; y, vanidosamente, supone que sus desgracias y sus desdichas poseen calidades de excepción.» (Discurso inaugural del XXVI Congreso Internacional de Americanistas, Sevilla, 1935).

por la vía de la leyenda (22). Y en todo ello buscará la patente o secreta razón de ser, porque «el temple del historiador no lo da tanto el saber algunas cosas como el comprenderlas todas». Tal sería, en la terminología marañoniana, la diferencia entre el «erudito», hombre que sabe algunas cosas, o el «enciclopedista», hombre que sabe muchas y querría saberlas todas, y el «humanista», el hombre que todas las comprende, porque ha sabido referirlas a «la fuente humana de donde los hechos brotan» (23).

Traspuesta la linde del *Ensayo biológico sobre Enrique IV*, el Marañón atento al conocimiento y la descripción del pasado fue, en el sentido más puro y exento del término, historiador, gran historiador. Ahí están, para quien lo dude, las páginas magistrales del *Antonio Pérez*. Pero Marañón quiso siempre presentarse a sí mismo como «biólogo historiador», «naturalista historiador» o «médico historiador», que a todos estos nombres recurrió para designar su ya vocacional dedicación a la historiografía; y todo esto fue él, ciertamente, así por el talento, el saber y la complacencia con que supo contemplar lo más inmediatamente biológico y, según suele decirse, «más humano», de sus personajes —Enrique IV, Olivares, Feijoo, Villamediana, Tiberio, Luis Vives, Antonio Pérez, la princesa de Eboli o doña Juana de Coello—, como por su cuidado en precisar los deberes y las cautelas del médico que seriamente quiera escribir historia.

Reunido lo que a tal respecto nos dice en los varios textos que consagró al tema de la historiografía, cabe compendiar su pensamiento en los siguientes puntos:

1.° Para ser, a la vez que médico, historiador, el médico debe ante todo conocer con rigor la técnica historiográfica; sólo así logrará escribir «no como médico que sabe más o menos historia, sino como un historiador que es, además, médico».

2.° Debe, por otra parte, tener una «noción precisa y, por lo tanto, humilde, de hasta dónde puede llegar el médico, como tal médico, en la cala del alma de los hombres».

3.° Debe asimismo proceder con suma prudencia «en los diagnósticos de los personajes ya fenecidos y en las interpretaciones sociales que la imaginación y la buena voluntad invitan a extraer de tales diagnósticos pretéritos».

---

(22) Véase una expresa valoración de la leyenda como fuente historiográfica en el cap. I del *Tiberio*.

(23) Discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia («Las mujeres y el Conde-Duque de Olivares»). No, claro está, como médico o biólogo, pero sí como hombre que trata de comprender con verdad y exactitud la real y concreta singularidad de cada alma, esto es lo que hizo el P. Ribadeneira, y lo que le constituye en el primer biógrafo moderno (discurso de contestación al de ingreso del P. Batllori, S. J., en la Real Academia de la Historia, Madrid, 2 de junio de 1958).

4.º Debe igualmente abstenerse de interpretar desde puntos de vista parciales y seudocientíficos, doctrinarios, las vidas del pasado —tal habría sido el proceder de ciertos malos psicoanalistas y malos historiadores—, porque «la vida, que es más ancha que la historia, es mucho más ancha que la psiquiatría, ciencia inexistente, y, sobre todo, que la psiquiatría de ciertas escuelas».

5.º Debe, sin embargo, emplear con prudencia y buen tino las técnicas y los criterios de la investigación biológica, porque unas y otros «nos permiten valorar el sentido directamente humano de los personajes pretéritos y acercarnos más a su genuina y profunda verdad; en definitiva, porque nos ayudan eficazmente a «recomponer la fuente humana de donde los hechos brotaron» (24).

Con arreglo a estos mandamientos fue historiador el biólogo Gregorio Marañón. Pero en todo momento supo serlo sin doctrinarismos ni pedanterías; no como quien ha leído con provecho un manualito para «ser historiador en quince días», o en treinta, o en ciento, sino ejercitando señorial y graciosamente un talento que no cabe en los límites de la ocupación principal. Hay médicos que se hacen historiadores o literatos «por evasión», con el oculto designio de disimular su escasa afición a la medicina que practican o su precario éxito científico y profesional en ella; hay otros, en cambio, que escriben literatura o historia «por reposamiento», porque su afición y su talento desbordan el vaso de la práctica médica más rigurosa y triunfadora. Tal fue, muy paradigmáticamente, el caso de Marañón (25).

«Yo busco siempre al hombre», le hemos oído decir. Dos razones principales le movían a ello. Una, vocacional, la íntima y permanente atracción que sobre su alma constantemente ejercía el espectáculo inagotable de la vida humana; otra, creencial y teórica a la vez, su convicción de que el hombre, cada hombre, en la medida en que haya sido creador de su vida, lleva en sí, mucho más que la obra por él creada, siempre imperfecta, «la huella del dedo generador de la Divinidad» (26). Nada más gustoso, en la obra historiográfica de Marañón, que descubrir una y otra vez la huella de esta permanente atención suya a lo más directamente personal —y, por lo tanto, más vivamente humano— de los personajes que como historiador estudió: la actitud del P. Feijoo, ingenua y preocupada primero, científica y resolutiva después, ante la posibilidad de un fantasma rondador de su celda, o ante la superstición de aquel caballero ovetense que creía poder detener la marcha de las

---

(24) Los textos aducidos en este párrafo proceden del prólogo a *Historia clínica de la restauración*, de MANUEL IZQUIERDO, del discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia y del capítulo I —«Vida e Historia»—, de *Tiberio*.

(25) Léanse sus reflexiones sobre el tema en su prólogo al libro *Tipología del Quijote*, de J. GOYANES.

(26) «Menéndez Pelayo y España», en *Tiempo viejo y tiempo nuevo*.

arañas pronunciando en voz alta el nombre de San Benito; su fina valoración de lo que la «conciencia de hombre feo» pudo representar en la vida de Alcalá Galiano (27); su honda preocupación por lo que realmente habría en el corazón de Felipe II, por debajo de lo que acerca de él nos cuentan los historiadores (28); la desenfadada y elegante ternura con que imagina la emoción sexual del conquistador, al pasar de su experiencia en Extremadura o en Castilla a su experiencia en Indias (29), tantas y tantas páginas más.

III

Así entendió la historia y la historiografía Gregorio Marañón. Siquiera sea de manera sumaria, hemos de examinar ahora cómo este médico fue historiador en ejercicio; cómo, sin infidelidad flagrante a la «pálida e ingrata Patología» (30), musa suburbana del saber histórico, llegó a cultivar los favores de Clío, soberana y central musa del oficio que él, haciendo suyo un fino epíteto de Gracián, quiso bien tempranamente llamar «la gustosa historia» (31).

Un examen de conjunto de la obra historiográfica de Marañón permite descubrir en ella hasta cuatro etapas distintas; otros tantos jalo-

---

(27) Prólogo al libro *Antonio Alcalá Galiano*, de FELIPE XIMÉNEZ DE SANDOVAL. (Madrid, 1948).

(28) «¿Qué pasaba en el corazón de aquel hombre, que contemplaba las escenas más atroces o más venturosas del drama del mundo y de los dramas de su propia alma, sin contraer un músculo de su rostro, acaso sólo, cuando la emoción era tremenda, acariciándose levemente la barba puntiaguda? ¿Qué había detrás de aquella fría pasión de inexorable justicia; detrás de sus reservas taimadas o de sus pueriles e inverosímiles confianzas? ¿A qué mujeres amó de verdad y a cuáles le unió la fría razón de Estado? Cuando alzaba los hombres hasta él o cuando fulminaba sobre ellos su egregia indiferencia —tan mortal como una decapitación— o su castigo inapelable, ¿qué había en su gesto de sobrehumana justicia o de apasionada arbitrariedad? Aquellas lentitudes inverosímiles ante el peligro inminente, ¿eran serenidad, frío cálculo o impotencia; o bien, una especie de fruición anormal, de voluntario y doloroso éxtasis en el borde de lo más terrible? ¿Qué le pasaba a la llama ardiente de su fe en las horas de careo con Dios, sólo con él o a través de sus confesores, cuando tenía que elegir entre el amor de padre y su afán de justicia; o entre sus deberes de católico y los de rey de España»? (prólogo al *Felipe II*, de W. TH. WALSH).

(29) «Los hombres rudos y rijosos, hechos a la continencia del páramo, ¿qué pensarían de aquellas mujeres, desnudas «como su madre las pariera»; algunas «tan blancas como podían serlo en Castilla»? Esta visión ascética de la mujer peninsular, ¿qué parte tuvo en la dinámica de los descubrimientos? Debió de ser una conmoción violenta, aunque no se hable de ello en los libros. América fué para el extremeño, para el castellano, de los inviernos crudos y de las tierras hoscas, del duro lecho y de la mujer envuelta en refajos, el Paraíso templado de la cosecha sin sudor; y también el Paraíso de la hembra ingenua y propicia.» («La visión de Cristóbal Colón», conferencia en The Hispanic-Luso-Brazilian Councils, Londres, mayo de 1959).

(30) Tal expresión puede leerse en el prólogo a *Historia clínica de la restauración*, de MANUEL IZQUIERDO.

(31) En «Intromisión y colaboración», prólogo a la 1.ª edición del *Ensayo biológico sobre Enrique IV y su tiempo*.

nes en la rápida carrera de su «segunda vocación» —o acaso tercera—, desde su inicial y proclamada condición de «médico historiador» a su terminal y evidente calidad de «historiador» a secas.

Marañón comienza escribiendo una historia de intención preponderantemente patográfica; no otra cosa es el *Ensayo biológico sobre Enrique IV*. El autor de este ensayo maneja con integridad y soltura las fuentes que permiten acceder a la pretérita realidad de ese rey de Castilla. Pero de ellas le importa, ante todo, lo que directamente o indirectamente le autorice para emitir su dictamen de patólogo sobre la presunta y proverbial impotencia del hombre Enrique IV y —ya en un segundo plano—acerca de la conducta sexual de su esposa, la reina Doña Juana. Todo ello, según su propia y reiterada declaración, como «historiador, no de la historia, sino de la Naturaleza». Mas no sólo como historiador se revela ahora el naturalista; también como generoso procurador de la fama ajena. Si los ensayos son, según una antigua y sabrosa denominación castellana, «salvaciones», esfuerzos intelectuales y literarios por salvar del olvido, la indiferencia o la mala interpretación a los temas o a las personas sobre que versan, nunca tan bien empleado el viejo nombre como en el caso de éste, acerca de Enrique IV y su tiempo, tan visiblemente enderezado a aliviar a un hombre y una mujer, en la medida de lo posible, del sambenito que sobre uno y otra ha puesto cierta leyenda interesada e inmisericorde. Una muy radical nobleza de alma hay en el arranque de la primera aventura de Marañón en el campo de la historiografía.

A esta misma primera etapa de la historiografía marañoniana pertenece otro célebre ensayo: *Amiel. Un estudio sobre la timidez* (1932). Como Enrique IV de Castilla, aunque por razones y con modos tan distintos, Amiel es un hombre del pasado —del inmediato ayer, en su caso— en quien ha sido anómala la vida sexual. Todos conocen la tesis central del libro. La timidez sexual del profesor ginebrino habría sido la consecuencia de una hiperdiferenciación del instinto; en definitiva, la expresión de una incapacidad, más adquirida que ingénita, para satisfacer biológicamente en cualquier mujer, aunque ésta se hallase dotada de los más finos encantos físicos y espirituales, un ansia sexual enérgica y exclusivamente proyectada hacia un ideal femenino nunca hecho carne entre las féminas de su limitado mundo real. Tanto por esta interpretación, a un tiempo sutil y sorprendente, como por los primores psicológicos y literarios de que Marañón acertó a vestirla —y no en último término, por la delicadeza con que supo dar vida a las mujeres que rodearon a Amiel: Philine, Berta Vadier, Egeria, Fanny Mercier—, el éxito del ensayo marañoniano ha sido grande en todo el mundo. Pero acaso no haya sido visto de manera suficiente uno de sus

nervios más centrales y característicos: a saber, la secreta intención salvadora con que su autor lo concibió.

Como tantos jóvenes de su tiempo, Marañón leyó cuando mozo la primera versión —puritanamente expurgada *ad usum delphini*— del *Journal intime,* de Amiel; y también para él fue el diario amielino, nos dice, «el confidente y el breviario moral, una especie de Kempis laico» (32). Más tarde comenzaron a publicarse las partes del *Journal,* en que su autor declara abiertamente sus vivencias sexuales, y el prestigio de Amiel decayó con celeridad en todas partes. «Cuando comparo mi Amiel de entonces con el de ahora —escribirá Marañón, comentando esa depreciación moral del ídolo de antaño—, me hace el efecto de un apóstol intachable e intangible al que un día hubiéramos sorprendido saliendo de un burdel de arrabal.» Amiel, el Amiel auténtico, hizo ver a todos «su cobardía, su egoísmo, su sexualidad deformada, la habilidad hipócrita y pedante con que jugaba con ventaja en los momentos de pasión». ¿Qué hacer, en tal caso? ¿Sumarse a los que han ejercitado su ingenio, acaso su crueldad, frente a las lacras morales de un hombre que tuvo la valentía de ponerlas sobre el papel de un «Diario»? No. Marañón no es de éstos. Ama la verdad tanto como el que más, y no trata de disimular la que Amiel ha dicho de sí mismo. Pero sabe —como Cervantes, como Velázquez, como Galdós— que «la verdad radical» de un hombre, y, por lo tanto, su «verdad integral», puede ser y es siempre de algún modo salvable, y a ello aplica su ciencia de médico y su finura de psicólogo. Lo que con la total verdad de Amiel se ha venido al suelo es tan sólo el ídolo, el semisanto. A Amiel, como a Rousseau, como a todos aquellos que han sabido «sacrificar su prestigio ético para decir la pura y total verdad de su vida», hay que oírles con piadoso respeto, porque la piedad hacia ellos «es en cierto modo piedad para nosotros mismos y comprensión de aquella parte de nuestra conciencia que no tenemos el coraje de enseñar». Y así resulta que «Amiel, con toda su ropa interior tendida escandalosamente ante el mundo, es, en el fondo, un hombre tan bueno como los demás hombres buenos que van por la vida enseñando a los demás sólo lo que les conviene». El médico Marañón se ha hecho historiador de una vida necesitada de diagnóstico; y el hombre Marañón, humanista cristiano por temperamento y por vocación, acierta a salvar a través de la verdad todo lo que esa vida tenía de salvable, lo mejor y acaso lo más hondo de ella.

En su primera etapa historiográfica (1930-1933), Marañón es, muy

(32) «Yo escribía por entonces, como cada joven —añade Marañón—, un diario muy amieliano, sin duda; y anotaba, por brevedad, el balance de mis tres grandes preocupaciones —el amor, el estudio y el tiempo— con números de 0 a 40, como la escala de un termómetro» (*Amiel,* Col. Austral, núm. 408, p. 41).

típica y acusadamente, médico-historiador. También lo será en la segunda, comprendida entre 1933 y 1936; pero así como el tema principal de aquélla fue la vida humana en su concreción individual —dos vidas singulares sexualmente anómalas—, el de esta otra va a ser, aunque no en forma exclusiva, el pensamiento. Durante algunos años, dos o tres a lo sumo, Marañón será historiador de ideas más que historiador de vidas: de ideas psicológicas en su ensayo sobre Huarte de San Juan (33), de ideas científicas y médicas en su libro sobre el P. Feijoo, del que son consecuencia inmediata sus estudios sobre Casal (34) y sobre la ciencia española en el siglo XVIII (35). A esta etapa pertenece asimismo su artículo «Medicina e historia», que reproduce su discurso inaugural del X Congreso Internacional de Historia de la Medicina (36). No sería aquí pertinente una exposición abreviada de lo que cualquier lector podrá leer fácil y gustosamente en los textos originales. Tal vez lo sea, en cambio, advertir que Marañón nunca deja de cumplir su personalísima y permanente vocación de contemplador e intérprete de la vida humana. Expone, sí, y muy luminosamente, las ideas de Feijoo y de Casal o la significación del siglo XVIII, del que siempre fue tan devoto, en la historia del pensamiento español; mas, para deleite y provecho del lector, jamás queda ausente de sus páginas la palpitante vida real de los hombres a quienes esas ideas pertenecieron. El P. Feijoo y Gaspar Casal, diestra y sugestivamente revividos por la pluma de Marañón, acompañan así y ayudan a vivir a los que al comenzar la lectura acaso sintieran en su alma sólo una vaga y tibia curiosidad por el pensamiento del monje benedictino y por la obra médica del galeno gerundense.

Entre 1935 y 1936, y sin quebrar la línea que hasta entonces ha seguido, la historiografía de Marañón va a dar un paso decisivo: el médico-historiador pasará a ser historiador sin salvedades y sin restricciones, historiador pleno y cabal. Su libro sobre el conde-duque de Olivares (1936) brinda gallardo testimonio inicial de esa novedad. Y tras él, la preciosa y bien documentada viñeta sobre «la vida en las galeras en tiempo de Felipe II» (1936), el *Tiberio* (1939), los ensayos recogidos

(33) «Juan de Dios Huarte. Examen actual de un examen antiguo» *(Cruz y raya,* 1933), y luego en *Tiempo viejo y tiempo nuevo.*

(34) «Los amigos de Casal», conferencia en la Academia de Medicina de Barcelona (1935); «Los amigos del padre Feijoo», conferencia en el Centro Gallego de Montevideo (1937), incorporada luego al volumen *Vida e Historia, Colección* Austral, núm. 185; prólogo a la reedición de la *Historia natural y médica del Principado de Asturias,* de GASPAR CASAL (Oviedo, 1959); *La humanidad de Casal,* discurso conmemorativo en el Instituto de España (Madrid, 1960).

(35) Discurso conmemorativo del segundo centenario de la Real Academia Nacional de Medicina (1934), recogido definitivamente bajo el título de «Nuestro siglo XVIII y las academias», en *Vida e Historia.*

(36) *El Siglo Médico,* 1935. Acerca de otras publicaciones menores de Marañón, más o menos relacionadas con la historia de la Medicina, véase la completa reseña de LUIS S. GRANJEL en su libro *Gregorio Marañón* (Madrid, 1960).

en el volumen que lleva por título *Don Juan* (1948), el lindo volumen consagrado a Luis Vives (1942) (37) y los estudios de que más tarde he de hablar.

El autor de *El conde-duque de Olivares* y de *Tiberio* es, por supuesto, un médico. Adviértese esto con claridad, tanto en lo que las páginas de uno y otro libro efectivamente dicen —capítulos «La figura» y «El humor» del primero de ellos; capítulo «Figura, salud y muerte» del segundo—, como en lo que deliberadamente no quieren decir. «La vida pública del conde-duque de Olivares, a partir de la fecha de la muerte de Felipe III hasta veintidós años después, cuando en 1643 termina su privanza —léese, y baste el texto como ejemplo, en la biografía de aquél—, es bien conocida y no corresponde repetirla al propósito de este libro, de historia humana y no de historia política propiamente dicha» (38). Sigue latiendo en estas palabras el historiador que por ser médico, y por serlo muy de veras, quiere evitar que los profesionales de la historiografía y los posibles críticos malevolentes le salgan al paso con la interrogación que en el ensayo sobre Enrique IV él se sintió obligado a imaginar: «¿Qué tienes tú que ver, fisiólogo, con la historia?» Pero el contenido de ambos libros no revela ya el interés directa e inmediatamente médico que dio nacimiento al *Enrique IV* y al *Amiel:* ni don Gaspar de Guzmán, ni Tiberio fueron más «enfermos» o más «anormales» que otro valido seiscentista u otro emperador romano cualquiera; y los subtítulos que tan elocuentemente declaran la intención y el sentido de una y otra biografía —«La pasión de mandar», en el caso de *El conde-duque de Olivares,* «Historia de un resentimiento», en el del *Tiberio*— aluden a pasiones humanas en cierto modo «normales», no a desviaciones más o menos morbosas de la vida instintiva. Cabría decir que uno y otro son, más que libros de «médico», libros de «biólogo», en el sentido marañoniano y antropológico de este vocablo. En suma, biografías enteras y totales, no contribuciones más o menos patográficas a la entera y total biografía del sujeto estudiado. Y así, a pesar de la restricción antes consignada, toda la complejidad y toda la diversidad de la vida en cuestión —la acción política, el ámbito familiar, las lecturas y los amores, las creencias, los gustos artísticos y literarios— son minuciosa y sutilmente tratadas por el biólogo. Este ya no es un médico que conoce con rigor la técnica historiográfica, sino un historiador hecho y derecho, especial-

(37) *Luis Vives. Su patria y su universo* (Madrid, 1942), reproducido luego en *Españoles fuera de España* (1947). Me cupo —y como a mí, a Dionisio Ridruejo, Antonio Marichalar y Luis Rosales— la satisfacción de haber reincorporado el nombre de Marañón a la bibliografía literaria de España ulterior a 1939, en la previa publicación en la revista *Escorial* de uno de los capítulos —«Margarita»— de este libro sobre Luis Vives.

(38) Cap. IV, «El ciclo del poder personal».

mente versado en el conocimiento científico de la vida humana. El biólogo historiador se ha convertido, al fin, en un historiador biólogo.

Con todo, la intención de que hasta fines de 1936 nace la producción historiográfica de Marañón es fundamentalmente biológica. El historiador ha llegado a serlo de manera cabal; pero lo que en primer término se ha propuesto hasta ahora es comprender y describir con integridad y buen arte una vida singular, en cuya trama, siempre compleja, actúa como elemento básico y configurador tal o cual pasión humana, la de mandar, la de amar con rectitud sexual o sin ella, la de sentir y obrar con resentimiento. A partir de diciembre de 1936, un poderoso motivo nuevo va a añadirse al nunca extinto interés biológico: la dolorosa experiencia del exilio; y, promovida por ella, la curiosidad intelectual y cordial por conocer de cerca la vida de los españoles que han padecido esa misma situación, tantas veces repetida entre la gente española desde nuestra Edad Media. Una razón más, y bien decisiva, para que el historiador lo sea sin especificaciones ni apelativos. Al interés por una *pasión vital* determinada se une ahora la vehemente y dolorida curiosidad por una determinada *situación vital:* el exilio (39).

Van a dar sucesivo testimonio de esta nueva actitud de la mente de Marañón —y de su alma entera— varias publicaciones; la conferencia «Influencia de Francia en la política española a través de los emigrados» (París, 1942), el opúsculo *Luis Vives. Su patria y su universo* (Madrid, 1942), el monumental *Antonio Pérez* (Madrid, 1947), del que será secuela póstuma la monografía *Los tres Vélez* (Madrid, 1960), el ensayo «El destierro de Garcilaso de la Vega» (Madrid, 1948), el artículo «El proceso del arzobispo Carranza» (Madrid, 1950) y —en cierto modo— el libro *El Greco y Toledo* (Madrid, 1956), último de los que en vida manifestaron su fuerte y honda vocación de historiador.

No puedo —ni debo— intentar aquí una reseña sinóptica del contenido de esta copiosa serie de estudios. Del más importante de ellos, el *Antonio Pérez,* diré, con Camón Aznar, que es «uno de los libros más enjundiosos, complicados y densos de crítica de personas y situaciones que se han escrito». Es —añade— «una copiosa galería de retratos, todos incisivos, desplegada su psicología en la prosa más abierta y fácil. Sin el conocimiento de estas figuras es imposible formarse una idea de la sociedad española del tiempo de Felipe II. La Iglesia, la banca, la

(39) «Durante los años de 1936 a 1942, en que vivía en París —nos dice Marañón en su prólogo al *Antonio Pérez*—, proyecté publicar una historia de las emigraciones políticas españolas... Y de aquellos acuerdos, tal vez el más grato es el de los largos meses de trabajo en los archivos, entregado, con mi mujer, a la rebusca y copia de documentos, con un fervor que nos hacía olvidar, no sólo el mañana incierto, sino los inmediatos agobios, el frío de las tardes, en la vasta sala de trabajo sin calefacción, y el silencio patético o el estruendo marcial, por igual angustiosos, de la grande y querida ciudad amenazada y, después, invadida. Un capítulo de aquel libro era la emigración de Antonio Pérez y de sus amigos.»

nobleza, la administración, el pueblo bajo, todos los estamentos circulan por aquí en sus ejemplares más representativos» (40). Y como nervio más íntimo del gran historiador que lo escribe, dando último sentido a sus pesquisas y a su arte, un hombre que no sabe serlo sin comprender de manera cabal lo bueno y lo malo —más lo bueno que lo malo— de aquellos a quienes como historiador contempla. «Cuando se les estudia con un criterio humano —dice Marañón, refiriéndose a Felipe II y a su turbio secretario—, ni el gran rey aparece nimbado de santidad, como quieren sus defensores, ni su ministro, como dechado de malicias. Los dos eran hombres: uno inmensamente mejor que el otro; pero ambos hechos, como todos sus semejantes, de una mezcla de bien y de mal, cuya proporción y cuyas posibilidades de reaccionar ante la vida sólo conoce la divina sapiencia» (41).

Muy característico de esta progresiva ampliación del interés historiográfico de Marañón es el curso de su atención al arte y la persona del Greco. En 1927, tres años antes de comenzar, con el ensayo sobre Enrique IV, su carrera de historiador, quiere escribir acerca del Greco sólo como médico (42). Años más tarde —prólogo a *El Greco,* de Alejandra Everts (1935), ensayo *El Greco y Toledo* (Buenos Aires, 1939) (43)— será un hombre sensible y devoto de Toledo, más que un médico aficionado a la historia, quien hable del pintor cretense y de su obra. Y, por fin, el libro *El Greco y Toledo* (1956) revelará, entero, al historiador que sabe indagar fuentes, reconstruir vidas, imaginar mundos pretéritos y conjeturar pensamientos e intenciones, porque, como él mismo enseña, «conjeturar, es decir, tratar de saber lo que ignoramos, partiendo de los fragmentos dispersos de la verdad, es no sólo instrumento científico poderoso, sino también, quizá, la esencia misma de la ciencia» (44).

Así fue —así lo veo yo, al menos— el historiador Marañón: un hombre que no sabía serlo sin entender puntual y amorosamente la verdad integral de los hombres a quienes él trató, fuese el hospital, su consultorio o un silencioso archivo el lugar en que se encontrase con la palpitante realidad o la huella remota de sus vidas mortales.

PEDRO LAÍN ENTRALGO
c/ Ministro Ibáñez Martín
Ciudad Universitaria
MADRID

(40) Discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia (Madrid, 1963), páginas 20 y 22.

(41) Prólogo a la 1.ª edición del *Antonio Pérez.*

(42) «Nuevas notas médicas sobre la pintura del Greco», *Revista de las Españas,* 1927.

(43) Este ensayo aparecerá luego como un capítulo del libro *Elogio y nostalgia de Toledo* (Madrid, 1941).

(44) Prólogo a *El Greco y Toledo,* p. 12.